

LA SANGRE Y EL HORROR

PASCUAL GARCÍA

Pese al título y a la referencia terrorífica del personaje histórico que protagoniza esta novela, *Ella, Drácula (Erzsébet Bathory)*¹, la condesa de origen húngaro Erzsébet Báthory, ésta no es una fábula de género al uso, sino más bien lo contrario, la reflexión pormenorizada, mediante el relato de uno de los testigos de la historia, János Frantizek Pírgist, acerca de la genealogía casi inconcebible del mal en estado más puro, del horror en su forma absoluta. Exactamente esto y no otra cosa representa Erzsébet Báthory, la aristócrata que masacró mediante tortura a más de seiscientas muchachas a principios del siglo XVII en ese mismo territorio que el cine convertiría más tarde en un modelo tenebroso: *Se llamaba Erzsébet y era hermosa como la luna en una noche limpia de estío.*

El lector va descubriendo de un modo lento y ponderado la conversión del personaje hasta rebasar los límites de lo humano. Tal vez la mezcla de varios factores pudo propiciar el nacimiento del monstruo: por un lado, la estirpe guerrera y sanguinaria de la que procedía, por el otro, la megalomanía y el endiosamiento en que fue derivando poco a poco su personalidad, y asimismo, una tendencia sexual en la que abunda la perversión y el sentido de impunidad, el sadismo elevado a mística y la creencia en su poder omnímodo: *Así, sobrepasado el pretil que la separaba de la locura, accedió a lo ominoso hecho rutina y lo malévolo, religión.*

Aunque decíamos al principio que ésta no es, en absoluto, una novela de género, resulta indudable el uso diestro del autor de la técnica narrativa para mostrar un proceso turbulento, desagradable y atroz que va sumiendo al lector en una estado de desasosiego y de repugnancia. Javier García Sánchez no sólo construye, como ya es habitual en él, una criatura soberbia que difícilmente olvidaremos, sino que entra de lleno, sin pudor ni falsas componendas, en el centro mismo de la verdad y del horror: *Por fin algo que la acercaba a la esencia de lo que tanto anheló, sentirse el Dios que*

¹ Javier García Sánchez, *Ella, Drácula (Erzsébet Bathory)*, Planeta, Barcelona, 2005.

pudo haber sido antes de la rebelión de los ángeles: el Diablo. Nos hallamos, desde luego, ante un mito romántico recreado, la idea tantas veces repetida de la inmortalidad mediante el crimen.

La condesa Erzsébet Báthory se alimenta de sus asesinatos y de la sangre de sus víctimas, que utiliza como un potente revitalizador hasta la creencia de que la juventud y la pureza de las muchachas obrará el milagro de su inmortalidad. La locura, otra vez, engendra los excesos llevados hasta la náusea de un personaje contradictorio, complejo y malvado que no cejó hasta su apresamiento en su fiebre malsana por acaparar mujeres adolescentes y jóvenes a las que encerraba en las mazmorras de sus diferentes castillos y a las que guardaba como se conserva las vituallas que han de servirnos para días posteriores: *Estaba descubriendo los misterios de la diosa Kali, la que bebe la sangre del mundo para así ser fecundada en su eterna vida.* Acompañada por una pequeña corte de ayudantes y por una bruja consejera, la condesa se inicia muy pronto en los misterios de las drogas, los bebedizos y los conjuros. Su peritaje en los diversos aspectos de la brujería la erigen en uno de los más siniestros y terribles personajes de la historia del mal. Seguramente la novela tiene como principal mérito la génesis de un desasosiego turbio que el narrador János Frantizek Pirgist nos transmite desde los recuerdos de su memoria personal hasta ese último reencuentro con el paisaje derruido del lugar donde transcurrieron los hechos y la certidumbre de que el espíritu maligno de la condesa aún vaga por los campos de Hungría, que vendría a ser una conclusión hartamente pesimista del alma humana, el sentimiento umbrío de que todos estamos a merced de la aristócrata que mató despiadada para vivir de un modo interminable y contra las leyes de la propia naturaleza, o de que todos de algún modo portamos esa semilla del mal: *Eso fue lo que ella buscó en todo momento. Dejar volar su imaginación. Ser a través de lo destruido. Sentir mediante la devastación.*

En la conciencia de János Pirgist queda como un poso turbio de pesadilla el tiempo que pasó junto a las murallas del castillo de Csejthe, bajo el anochecido cielo de los Cárpatos. Javier García Sánchez no ahorra brillantez ni imaginación ni rigor histórico para contarnos una fábula estremecedora, en ocasiones brutal, de la que no nos es posible salir indemnes, como sucede siempre con los grandes libros.